

muchas partes, descripciones de demonios y ángeles; así, por ejemplo, es cosa cierta que los ángeles montaban caballos píos y llevaban turbantes amarillos. Tampoco puede negarse de modo alguno que el éxito de la batalla se debió exclusivamente al puñado de guijarros que el enviado de Dios arrojó sobre los infieles.

Sea de esto lo que fuere, el combate había terminado ya poco después de mediodía con la brillante victoria de los musulimes. Solo 14 de estos compraron con la muerte del mártir su entrada en el paraíso; de los koreischitas perecieron 49 en la batalla y en la persecución, y otros tantos fueron hechos prisioneros. Entre los muertos, además de Otba y Scheiba, estaba Abu Schachl, el enemigo más acérrimo del Islam, cuya muerte fué la más agradable á Mahoma; sucumbieron asimismo Omayya Ibn Jalaf y otros de las primeras familias de la Meca. Emplearon la tarde los vencedores en recoger el botín, que consistía principalmente en algunos centenares de camellos, toda clase de armas y utensilios, y los enemigos muertos fueron luego arrojados en una fosa abierta rápidamente. Con sus propios muertos y heridos, con los prisioneros y el botín, avanzó todavía aquella misma tarde el ejército hasta Otheil, población que distaba una milla y media del campo de batalla. Allí pasó revista el Profeta á los prisioneros fijando su mirada en En-Nadr, hijo de Harith, el que en otro tiempo le había distraído sus oyentes en la Meca con sus historias de los reyes persas. Este sintió pesar sobre él la mirada del vencedor con expresión hostil y temió lo peor; por lo cual se dirigió á Mos'ab Ibn Omeir, que estaba á su lado y con el cual había tenido antes relaciones de amistad, suplicándole que intercediese por él; pero Omeir se negó á ello: «El Islam ha concluido con todo este género de relaciones,» es lo que en semejantes casos contestaban los creyentes. En aquel mismo instante se oía ya la orden del Profeta: «Fuera la cabeza,» y Ali se dió prisa á cumplir la sentencia de muerte. Veremos aun otras muchas veces cómo Mahoma, al cual por lo demás no se puede acusar de crueldad teniendo sobre todo en consideración el poco suave derecho de guerra de la antigua Arabia, nunca conoció la piedad para aquellos que no se contentaban con oponerse simplemente á su doctrina, sino que habían procurado combatirla y rebajarla con argumentos de razón. No poseyendo él mismo gran capacidad para raciocinar lógicamente, ni imaginación suficientemente creadora para poder combatir á estos adversarios con sus propias armas, empleaba contra ellos el sable, cuyos argumentos, como es sabido, no tienen réplica.

Pocos días después mandó matar también á otro prisionero, Okba Ibn Abi Moheit, que había sido constantemente uno de los más crueles perseguidores de los creyentes y que hasta una vez había escupido á la cara á Mahoma. La suerte de los demás prisioneros estuvo al principio indecisa; los más celosos querían que perecieran todos como merecían los enemigos de Dios. Pero la opinión más indulgente, representada en especial por Abu Bekr, acabó por prevalecer y se determinó que los prisioneros pudieran ser rescatados por los suyos, y solo el que no lograra el rescate cayera bajo el filo de la espada. Entretanto dióse la orden de que fueran bien tratados; cada uno de ellos quedó confiado á la custodia del que le había hecho prisionero. El resto del botín fué repartido durante el regreso, en el segundo día después de la batalla, en el lugar llamado Ssafra. Los creyentes estaban ya á punto de disputar entre sí sobre el modo de su distribución cuando el Profeta tuvo una revelación que reglamentó este asunto, tanto para esta ocasión como para el porvenir. Un quinto del total fué separado para Dios, esto es, para el fisco; del resto Mahoma tenía el derecho de escogerse una parte, y lo demás debía ser adjudicado por partes iguales entre todos

los combatientes. Esta vez consistió la parte de Mahoma en el famoso camello de su enemigo muerto Abu Schachl, además de una hermosa espada que él mismo eligió (hasta allí no había llevado ninguna).

Delante del ejército vencedor habíase despachado un mensajero portador de la buena nueva, la cual hizo poderosa impresión no menos en los amigos del Islam que entre los judíos é «hipócritas.» Poco después hizo Mahoma su entrada triunfal en Medina, mas su satisfacción se vió mermada por una triste noticia: durante su ausencia había muerto su hija Rokaya, esposa de Othman. Ya antes de la expedición á Bedr había caído enferma, y cuando volvió su padre, yacía en el sepulcro. Othman la tenía grande afecto, tanto que para poderla cuidar no había seguido al ejército; para indemnizarle de la pérdida, Mahoma, algunos meses después, le dió en casamiento á su otra hija Omm Kolthum, de modo que le quedó el honor de continuarse llamando yerno del Profeta.

Mientras reinaba en Medina el júbilo por la victoria, eran generales en la Meca la desesperación y el luto. A la vergüenza de haber sido derrotados por la hueste tres veces menor de los creyentes, y al perjuicio causado por la derrota al comercio de la Meca, se agregaba el golpe más sensible de la pérdida de cerca de ciento de los más valientes y considerados hombres de la ciudad, que habían muerto ó sido hechos prisioneros. En el primer momento prevalecieron la humillación y sed de venganza sobre todos los demás sentimientos; Abu Ssofyan, entonces sin disputa el primer hombre de la Meca, y, en lo sucesivo, durante largos años, el alma de la guerra contra Mahoma, provocó el acuerdo de que no se verificaran las acostumbradas ceremonias de luto antes de que los muertos hubiesen sido vengados. Tanto él como su esposa Hind, hija de Otba, la cual había perdido en la lucha padre, hermano y tío, juraron prescindir de todo goce y comodidad de la vida hasta que una nueva campaña hubiese proporcionado satisfacción á semejante agravio. Mas cuando se quiso pasar de las palabras á los hechos, resultó que por de pronto no se podía hacer gran cosa. Si no se quería abandonar á una muerte segura á los prisioneros que se encontraban en manos de Mahoma, no había más recurso que avenirse á rescatarlos; pero mientras durasen estas negociaciones no había que pensar en renovar las hostilidades. Muchos no tenían tampoco fuerzas para dominar su vivo dolor. El anciano y ciego El-Aswad, hijo de Muttalib, de la casa Abd-el-Osa, se hacía conducir, mientras estuvo prohibido el luto en la Meca, por el camino que había hecho su difunto hijo Sam'a; allí se embriagaba y oraba por él, esparciendo tierra sobre su cabeza. Mas cuando Ka'ab Ibn El-Aschraf, uno de los judíos de Medina, que á causa del disgusto que le ocasionó la victoria de Mahoma se había trasladado á la Meca, recitó allí epigramas contra los creyentes y una elegía sobre los koreischitas muertos, pronto estuvo esta en boca de todos, y nadie pudo contener ya por más tiempo la explosión general de vivo dolor. Un mes duraron los alaridos de las plañideras; cantos de duelo y de venganza conmovían los corazones; no hubo entonces más remedio que enviar una embajada á Medina para rescatar los prisioneros. «Los compañeros de emigración» conocían exactamente el estado de fortuna de sus antiguos compatriotas; así, pues, tuvieron que pagar por el rescate de cada uno, según la posición de su familia, sumas importantes. Las negociaciones se prolongaron y en el ínterin varios de los prisioneros,—el éxito es el Dios de los asiáticos mucho más aun que entre los occidentales,—habían intimado con el Islam y deseaban convertirse: estos fueron puestos en libertad sin rescate, si bien con serias advertencias para que no apostasen de nuevo en la primera ocasión favorable.

El que considere la batalla de Bedr bajo el punto de vista occidental se sentirá inclinado á no ver en ella apenas más que una riña de grandes proporciones: 300 contra 950 y en total 63 muertos, no son cifras que nos impresionen; estamos acostumbrados á cosas mayores. Y sin embargo, tienen razón los musulimes cuando conceden á Bedr la preeminencia sobre todas las demás batallas en que algunas décadas después conquistó el Islam la mitad del mundo. No es posible exagerar la extraordinaria importancia que tuvo para la causa de Mahoma el hecho de que ya en el primer encuentro militar con fuerzas triplicadas, consiguieran los creyentes tan brillante victoria. ¿No veía entonces todo el mundo, tanto creyentes como infieles, que Dios estaba de parte de su enviado? ¿No era evidente que el dedo del Altísimo fué el que designó para la muerte ó la prisión precisamente á los enemigos más acérrimos é irreconciliables de la fe, como Abu Schahl, Omayya, Nadr y Otba? ¿Podía nadie negar el juicio de Dios viendo que también Abu Lahab, que no tomó parte en la expedición, murió inmediatamente después de la llegada del triste mensaje á la Meca? Por toda la Arabia resonó la estúpida nueva; en todas partes los de la Meca fueron objeto de escarnio, y empezó á mirar con admiración al hombre á quien en lugar de los guerreros que le faltaban su Dios le había concedido la victoria sobre sus poderosos enemigos. Pero como era natural, en Medina fué mayor el efecto. Los judíos se comunicaban en secreto sus recelos; «los hipócritas» se sentían acojados y á pesar suyo supeditados; pero especialmente hemos de colegir que otra vez gran número de habitantes de Medina debieron sentir repentina inclinación hacia el Islam y con su conversión aumentaron la hueste de los ansares, y otros que hasta allí se habían convertido más ó menos exteriormente robustecieron su fe. Merced á aquella victoria la situación de Mahoma se había consolidado y adelantado tanto, antes de que los de la Meca se hubiesen rehecho de su derrota, que cuando ya repuestos un año después le infligieron un considerable descalabro, era ya demasiado grande la ventaja que entretanto había él conseguido para hacérsela perder por completo.

Ante todo debió procurar Mahoma alejar de su vecindad todo asomo de contradicción. El fervor de sus creyentes había alcanzado, con su primer triunfo, aquel grado de fanatismo que ve un mérito en negar y hasta en pisotear los más íntimos sentimientos humanos. Había entre los Jatmas, subtribus de los Ans que en su mayor parte se mantenía todavía alejada del Islam, una mujer llamada Asma; esta había hecho en Bedr algunos versos mordaces sobre la imbecilidad de los de Medina, que esperaban tanto bueno de un hombre de tribu extraña que acababa de hacer matar á los caudillos de su propio pueblo. «¿No hay nadie por ahí que me quiera librar de esa mujer?» exclamó el Profeta cuando le refirieron el caso. Oyó estas palabras Omeir Ibn Adí, ciego de la misma tribu que la mujer, pero que se había hecho creyente; aquella misma noche buscó á tientas la habitación donde dormía Asma con sus hijos, teniendo al menor al pecho, y la atravesó con la espada. Al día siguiente se presentó al Profeta y le dijo: «¡Oh enviado de Dios, yo la he matado!» Mahoma contestó: «Has hecho á Dios y á su enviado un servicio, Omeir.» Éste le preguntó: «¿No me sucederá nada á causa de esto?» El enviado de Dios contestó: «Ni siquiera dos cabras toparán la una con la otra por semejante motivo;» en efecto, era tan grande ya el terror en Medina que nadie osó pedir cuenta de tan alevoso asesinato, y hasta algunos individuos de la casa Jatma consideraron conveniente convertirse al Islam poco después, «porque se habían convencido de la fuerza de la fe,» añade con toda ingenuidad el biógrafo del Profeta. De modo no menos alevoso se quitó de en me-

dió, á consecuencia de una manifestación análoga de Mahoma, á Abu Afak, venerable anciano judío, que había compuesto también un epigrama sobre la vergonzosa sumisión de los en otro tiempo tan orgullosos árabes de Yathrib ante un advenedizo extranjero; por eso como Asma fué asesinado de noche durante su sueño.

Más peligrosa que los epigramas, que no dejaban de hacer mella bastante en la reputación de Mahoma entre un pueblo susceptible al chiste, era, según hemos observado anteriormente, la persistente inclinación de los judíos á descubrir y ridiculizar las muchas contradicciones en que se había embrollado en sus aseveraciones sobre materias de fe. Así, pues, la destrucción del judaísmo, su más odiado enemigo, fué el objetivo primordial de sus miras y lo persiguió con extrema tenacidad. También esta vez debió el logro de su objeto al proceder de sus adversarios, proceder que se comprende ciertamente no perdiendo de vista que si bien aquellos judíos estaban todos igualmente aferrados á su antigua religión, se habían arabizado del todo y en especial caído en aquel particularismo de tribu, que en todas partes fué el aliado más poderoso de Mahoma. A la prosecución sistemática de una política determinada hacia un fin de antemano conocido, nadie estaba acostumbrado en la Arabia; ya hemos visto cómo á consecuencia de un par de huevos de alondra pisoteados ó del resultado discutible de una carrera de caballos, se peleaba durante décadas de años siempre que las circunstancias lo permitían. Se necesitaron años de adversa experiencia para que las tribus llegaran á comprender que Mahoma quería algo más que camorras por pequeñeces ó correrías contra gentes que á la sazón tenían algo que perder. Así, los judíos de los Benu Nadir no sospecharon que en el ataque dirigido por los musulimes contra sus correligionarios de los Kainoká se ventilaba su propia suerte, del mismo modo que tal vez en el año 1805 no supo ver el gabinete prusiano que en Austerlitz iba á decidirse su suerte; y cuando por último los menos expertos abrieron los ojos á las verdaderas intenciones del Profeta, ya era también demasiado tarde. Pero lo que sobre todo disculpa la ceguedad de los desdichados hijos de Israel es el solemne pacto de amistad y protección que Mahoma había hecho con ellos, en el cual, según las antiguas costumbres de la Arabia, podían confiar firmemente. En el Corán (cap. 8, 57 y siguientes) vemos lo que pensaba acerca de esto el Dios de los musulimes: «Mira, los peores animales ante Dios son los incrédulos, pues ellos no vienen á la fe. Aquellos con los cuales has hecho tú, en parte, un pacto; mas ellos rompen á todo momento su pacto sin temor (de Dios). Por eso cuando tú tropieces con ellos en la guerra, haz con ellos un ejemplar para los que detrás de ellos están, por si acaso se dejan advertir; y si tú temes traición de gentes, devuélveles (el pacto) de igual manera; Dios no ama á los traidores.» Es probable que Mahoma solo anunciara en una ocasión posterior esta revelación; pero el concepto de que le era lícito romper el pacto cuando temiera deslealtad de la otra parte, debía de haberlo formado ya entonces. Algunas semanas después de la batalla de Bedr se trasladó cierto día al barrio de una de las tribus judías, la de los Benu Kainoká, que en el ejercicio del arte de orífices habían llegado á ser personas de buena posición y consideradas. A estos hizo presente de nuevo sus derechos á la dignidad de último y mayor de los profetas, y les aconsejó que se convirtieran. Los judíos se negaron á ello. Poco después ocurrió también en el mercado de los kainoká, con pretexto de una broma de mal género que uno de los judíos parece que se permitió con una mujer musulmá, una reyerta entre estos y los creyentes que allí estaban. Según el pacto, la cuestión debía ser sometida al fallo del Profeta, pero uno de



los musulimes mató sin mas ni mas al judío autor de la broma, por lo que el asesino fué á su vez matado por los irritados israelitas. Así lo refiere la misma tradicion mahometana; se ve, pues, cuán poca razon tenian los musulimes para romper la paz, pues que la primera sangre habia sido vertida por ellos. Mahoma, —si la historia no es inventada ó muy desfigurada,—se apoyaba en el párrafo del pacto que prohibia matar á un creyente por un infiel; mas este párrafo no se referia á los judíos, puesto que estaba comprendido en los convenios entre los musulimes y los ans-jasradsch. De todos modos, se hizo un llamamiento á los «compañeros de emigracion» y á los ansares.

Los kainoká eran considerados como los mas valientes de los judíos de Medina; en Bo'ath habian peleado contra sus propios correligionarios y contra los ans en las filas de los jasradsch; así, pues, podian esperar en esta ocasion auxilio de Abdallah Ibn Ubay y sus «hipócritas.» Abdallah les aconsejó que se retiraran á su barrio fortificado y les dejó entrever que los auxiliaria para su defensa; pero se encontraba en situacion difícil: con los judíos estaba obligado por la alianza anterior y con los musulimes por el pacto de defensa, y así decidió, por último, no hacer nada. Los kainoká no eran bastante fuertes para defenderse por sí solos; los demás judíos de Medina, los Benu Nadir y los Benu Koreiza, que no se creian amenazados y que además podian estar todavía resentidos con aquellos desde lo ocurrido en Bo'ath, no se movieron tampoco, y así, los kainoká fueron reducidos por el hambre y tuvieron que entregarse á discrecion despues de un cerco de quince dias. Mahoma, segun tenia derecho por el de guerra árabe, queria matar á los hombres y vender como esclavos á las mujeres y á los niños. Pero entonces le remordió la conciencia á Abdallah Ibn Ubay, el cual insistió varias veces ante el Profeta para que levantara la sentencia de muerte, y no habiéndolo podido obtener, instó con violencia, por último. Los «hipócritas» y los infieles eran todavía bastantes en Medina para poner en grave apuro á los creyentes; así, el Profeta debió, de buen ó mal grado, acceder á la exigencia. A los judíos, pues, se les perdonó la vida, pero con la condicion de renunciar sus bienes y haciendas y emigrar con sus mujeres é hijos. Diéronseles para ello tres dias de plazo, terminado el cual fueron expulsados de la ciudad los restantes por Obada Ibn Es-Sámit, el cual habia sido antes tambien su aliado, pero que ahora renegaba de ellos de conformidad con la máxima «los corazones se han cambiado y el Islam ha anulado todos los convenios.» Hasta Wadi'l-Kora, cinco millas al Norte de Medina, tuvieron que ir á pié los desterrados; mas allí encontraron correligionarios que los acogieron amistosamente y los proveyeron de alimentos y camellos para que pudieran continuar su viaje. Abandonaron por completo la Arabia y se dirigieron á la Siria, donde encontraron una nueva patria en Adhri'at (1).

No mucho tiempo despues de haberse repartido entre los creyentes el rico botin en el barrio de la ciudad abandonada, los de la Meca dieron la primera señal de vida que revelaba la intencion de devolver el golpe de Bedr. Cierta mañana (aproximadamente en abril de 624) se tuvo noticia en Medina de que durante la noche anterior habia estado Abu Ssofyan con unos 200 hombres montados en camellos en las cercanías de aquella ciudad y que sorprendió por la madrugada al pueblo de El-Oreid, situado á media milla al Nordeste en un fértil valle, quemando dos casas y un campo sembrado y matando á un habitante ocupado en las faenas de su campo. Rápidamente fueron reunidos los contin-

(1) El Edreid de la Biblia, capital de la tierra de Basan, al Este del lago de Genezareth.

gentes y persiguieron bajo la direccion del Profeta á los que ya huían á toda prisa; pero los musulimes en vez del enemigo mismo, solo cogieron sus sacos de víveres, llenos de sawik (2), que habian arrojado para acelerar el trote de sus camellos. De ahí que se llamara á esa correria «la razzia del sawik.» Segun la opinion muy probable de la tradicion, Abu Ssofyan emprendió aquella expedicion menos con el fin de practicar un reconocimiento que para desligarse del poco premeditado juramento que hizo despues de la batalla de Bedr, habiéndose convencido de que no seria tan pronto posible poner de nuevo en movimiento á sus queridos compatriotas para una séria campaña. En todo caso habian decidido intentar que aquel año la caravana siria pasaria por delante de Medina, sin tener que hacer armas, siguiendo durante cierto trecho el camino que conduce al Irak (Babilonia) y que estaba situado á bastante distancia al Este de la ciudad, y torciendo despues por el desierto hácia la Siria. Mahoma tuvo noticia del plan y envió á su hijo adoptivo, Seid Ibn Haritha, con cien jinetes en camellos, el cual logró sorprender la caravana. Cierto es que pudo escapar la mayor parte de la escolta, pero el valor del botin fué de 100,000 dirhems. Por aquel tiempo emprendió tambien el Profeta varias correrias contra los Benu Ssolein y los Benu Gatafan, dos de las mas poderosas tribus de beduinos de la Arabia central que moraban al Este de Medina, pues habia recibido aviso de que estos excitados por los koreischitas proyectaban una algarada contra la ciudad. Mas los veloces hijos del desierto se escapaban siempre antes de que llegara Mahoma al lugar de su campamento, y una sola vez consiguió cogérles como unos doscientos camellos. Por fin, Mahoma, completamente seguro de las pequeñas tribus que habia entre Medina y el mar desde la batalla de Bedr, se encontró en posicion de emprender operaciones hácia otro lado.

Entretanto pensó otra vez en los judíos, que tenia mas cerca. La descripcion histórica oficial pretende que uno de los Benu Nadir habia prestado auxilio á Abu Ssofyan en su «razzia del sawik,» lo que hubiese sido una transgresion del pacto. Esta puede ser muy bien una de las muchas invenciones tendenciosas con que se procura atenuar el proceder de Mahoma con aquel desgraciado pueblo. Yo presumo que Mahoma no tenia mas objeto que quitar por completo á los judíos las ganas de hacer chanzonetas y epigramas, á lo menos su primera víctima en esta época fué Ka'ab Ibn Aschraf, que despues del suceso de Bedr habia recitado sátiras contra él entre los koreischitas, pero que entonces habia ya reñido con ellos y regresado á su tribu. De nuevo Mahoma pronunció la fatídica frase: «¿No hay ninguno que me libre de ese hombre?» y pronto se encontraron cinco hombres de los Ans, antiguos aliados de los judíos, dispuestos á prestar á Dios este servicio. Ka'ab vivia sobre aviso; así fué preciso que su propio hermano de leche Abu Naila,—su piedad merece que se conserve su nombre,—le infundiera confianza para que en una noche de hermosa luna fuera á pasear sin armas con él y los otros cuatro. Cuando ya estaban bastante léjos, Abu Naila lo atrajo hácia sí con aparente agasajo y como jugando le pasó los dedos por los rizos; pero súbitamente le asió con fuerza, lo arrojó al suelo y le sujetó allí mientras que otros herian al indefenso, que pedía socorro con desesperacion. Por la mañana los asesinos despertaron con gritos de: «¡Dios es grande, Dios es grande!» al satisfecho Profeta, que recibió agradecido la cabeza de la

(2) Se llama sawik el trigo poco maduro que tostado, molido y mezclado con dátiles (recientemente tambien con azúcar) se come sin mas preparacion y que á veces se cuece hasta formar una especie de pasta. Aun hoy día se lleva como provision para los rápidos viajes en que no hay facilidad de guisar.

victima y alabó á Dios. Cuando llegaron despues los judíos y se quejaron del alevoso asesinato, los rechazó sencillamente diciendo: «Así sucederá en adelante con todo el que no sepa contenerse é insulte á los musulimes;» y en efecto, poco tiempo despues fué asesinado Ssuneina, que tambien era judío. Estos se llenaron entonces de temor y apenas se atrevian á salir de sus barrios, hasta que por último Mahoma se manifestó dispuesto á concertar con ellos un nuevo pacto. No se ha conservado el texto de este, probablemente para poder alegar mas fácilmente que fué quebrantado por ellos; pero apenas podia hacer otra cosa mas que renovar la obligacion de los judíos de no tener trato alguno con los koreischitas, prestando en cambio auxilio á los creyentes contra todo ataque del exterior y contribuyendo á los gastos de la defensa en casos semejantes.

En realidad, no habia llegado todavía el tiempo de que Mahoma pudiera emprender el aniquilamiento total de los judíos: no debia ignorar que los koreischitas, despues de la sorpresa de su caravana, habian comenzado á ocuparse seriamente en los preparativos de guerra, á los cuales habia hasta allí excitado Abu Ssofyan con mas celo que éxito. Precisamente por este tiempo habia dado otra vez el Profeta,—como con tanto gusto acostumbraba á dar,—público testimonio por medio de alianzas matrimoniales de la intimidad de las relaciones que le ligaban á sus mas antiguos compañeros: él mismo se casó con la hija de Omar, llamada Hafsa, que habia envidiado pocos meses antes, y dió por esposa su hija Fátima, única que le quedaba soltera, á su primo é hijo adoptivo Alí. Entonces recibió noticia, primero por gente de la tribu amiga de los Josa'a, que tenian sus tiendas al Norte de la Meca, y despues por espías que él mismo habia enviado, de que los koreischitas habian emprendido la marcha hácia Medina con un ejército de 3,000 hombres, entre ellos 700 armados de corazas, y llevando 200 caballos y 3,000 camellos, á las órdenes de Abu Ssofyan. Esta expedicion debia permanecer secreta, lo que fué tanto mas difícil cuanto que la habian dispuesto á la manera verdaderamente árabe: no solo llevaban consigo á todos los aliados de las tribus vecinas, en particular á los Thakifitas de Taif, sino tambien á gran número de mujeres, las cuales en la batalla, colocadas á retaguardia, debian elevar el valor de los guerreros á mas alto punto que el que habian mostrado en el combate de Bedr, por medio de toques de timbales, apóstrofes y cantos bélicos. Con semejante gente no podian avanzar muy rápidamente; «se detenian en cada abrevadero, se daban muy buen trato y se hacian infundir ánimo para el combate por medio de los cánticos de sus mujeres al són de los timbales.» Eran, como siempre, incorregibles, amigos del placer y del bullicio, y segun el concepto pagano, mas bien inclinados á lo caballeresco que á lo contrario. Así se comprende que fuera rechazada la proposicion que hicieron algunos en El-Abwa de desenterrar los restos de la madre de Mahoma, sepultada allí, y llevárselos consigo, para, segun las circunstancias, servirse de ellos como prenda de seguridad para sus propias mujeres ó para pedir por ellos un buen rescate. Fueron, pues, avanzando tranquilamente y llegaron por último el jueves 5 Scharwal del año 3 (enero ó febrero de 625) (1) á la llanura que se extiende al Norte de Medina hasta el monte de Ojod, situado á poco mas de media milla de la ciudad. Allí acamparon y dejaron pastar á sus animales en los hermosos y verdes sembrados de los de Medina, pero no cometieron ningun otro exceso.

Mientras tanto, se celebraba consejo de guerra en la ciu-

(1) Segun la cronología convencional, 28 de marzo, lo que no puede ser exacto. Se ha calculado que seria el 24 de enero; esto podría mas bien concordar, pero no es tampoco seguro.

dad. Como el ataque del enemigo parecia indudable, debian prestar auxilio á los musulimes así los «hipócritas» como los judíos. Mahoma, con mucha prudencia, no admitió el apoyo de los últimos, y con el jefe de los primeros, Abdallah Ibn Ubay, acordó que se aguardara el ataque en la ciudad en vista de la magnitud del ejército enemigo. Si bien los barrios de los árabes no estaban como los de los judíos previamente fortificados, se encontraban, como los de la Meca, protegidos hácia el exterior por la continuidad de las sólidas masas de edificios; los pocos huecos que aun habia podian todavía llenarse, y abundaban los víveres en la ciudad, mientras que los enemigos no estaban preparados para un sitio formal. Pero con el acuerdo de aguardar el ataque en la ciudad no estaban conformes los guerreros mas jóvenes y ardorosos de los creyentes, en especial los que habian peleado en Bedr. Éstos tenian razon: en el peor de los casos siempre se podia contar con los refuerzos celestes. Mahoma no pudo dominar el entusiasmo de los suyos, y así se decidió al mediodía del 6 (225 enero?) á la salida. En el ínterin, los mas prudentes de entre la impetuosa juventud habian leído los textos, y cuando el Profeta se presentó por la tarde armado entre ellos, manifestaron sus voceros que estaban arrepentidos de sus importunas insistencias y dispuestos á obedecerle en todo. Mas él se atuvo á la decision tomada. «No es propio de un profeta, —dijo,— cuando se ha puesto su armadura; quitársela antes de haber combatido.» No hay duda que obró cuerdamente, toda vacilacion debia tener entonces malos efectos. A la caída de aquella misma tarde pasó revista á sus 700 hombres fuera de la ciudad; Ibn Ubay acampaba á un lado con 300: sus «hipócritas» le criticaron que hubiese seguido al campo abierto á su aliado, compelido por mozos imberbes, á lo cual, en rigor, no estaba obligado. Durante la noche prevaleció en el ánimo de Ibn Ubay su antigua incapacidad para adoptar resoluciones energicas, y cuando Mahoma en la mañana del 7 Scharwal (226 enero?) mandó emprender la marcha, hizo un cuarto de conversion con su gente y penetró en la ciudad. Los musulimes, poniendo su confianza solo en Dios, no se desanimaron por eso de modo alguno. Las disposiciones de Mahoma demuestran grandes cualidades tácticas, ya fuera que las adoptara por sí mismo, ya que asintiera al consejo de los suyos,—tenia á su lado á mas de uno de los futuros grandes capitanes del Islam. En vista del número superior del enemigo, debió, como en Bedr, buscar una posicion ventajosa: así marchó flanqueando el ala izquierda del enemigo hasta el Ojod, que forma un resalto en la parte septentrional de la sierra adelantándose bastante en la llanura. En una hondonada del valle, que se estrecha hácia arriba á manera de garganta en direccion al monte, situó su ejército, como es natural, dando frente al enemigo, de modo que su retaguardia y ala derecha estaban cubiertas por las cortadas rocas; en el flanco izquierdo, descubierto, colocó á cincuenta de sus mejores arqueros mandados por Abdallah Ibn Schubeir, con orden expresa de impedir desde allí toda tentativa que hiciera el enemigo para envolverlos y de no abandonar bajo ningun concepto tan importante posicion. El núcleo de las fuerzas lo alineó allí, mandando «que ningun hombre saliera de la línea,» ya vemos con qué prevision militar daban tambien entonces los musulimes importancia á la disciplina de sus tropas, y ordenó la mas completa inmovilidad hasta que él mismo mandara comenzar el combate.

Los koreischitas tendrian probablemente noticia así de la posicion de sus enemigos como tambien de su extrema debilidad á consecuencia de la retirada de los «hipócritas,» con lo cual avanzaron animosos, dando su retaguardia á la ciudad y su frente al monte y á los musulimes. Un atento observador habria podido percibir un especial contraste entre ambos